

Xavier Moreno Juliá

LA DIVISIÓN AZUL

Sangre española en Rusia, 1941-1945



CRÍTICA

Xavier Moreno Juliá

La División Azul

Sangre española en Rusia,
1941-1945

Crítica
Barcelona

Primera edición: noviembre de 2004
Primera edición en esta nueva presentación: enero de 2015

La división azul
Xavier Moreno Juliá

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Xavier Moreno Juliá, 2004
© Ilustración de cubierta: Alberto Moreno Fuentes y Xavier Moreno Juliá
© Realización de mapas: Estudi Farrés

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-780-1
Depósito legal: B. 24.881 - 2014
2015. Impreso y encuadernado en España por Book Print

Índice

<i>Agradecimientos</i>	IX
<i>Introducción</i>	XI
<i>Siglas y abreviaturas</i>	XVII
<i>Nota sobre léxico</i>	XX

CAPÍTULO 1. EL TERCER REICH ENTRE FRANCO, LA FALANGE Y EL EJÉRCITO: LOS MESES PREVIOS A LA FORMACIÓN DE LA DIVISIÓN AZUL

1. A modo de reflexión y de recuerdo	1
2. La Falange y el Ejército: tensiones acumuladas y actitudes germanófilas compartidas hasta mayo de 1941	7
La Falange	8
El Ejército	10
3. La diplomacia alemana en España	13
Las representaciones alemanas en España	15
Actividad de la diplomacia alemana en España	21
4. Alemania y España ante la guerra	24
<i>Operación León Marino</i>	24
<i>Operación Félix</i>	25
5. La crisis de mayo de 1941 a ojos de la diplomacia alemana	32
El desencadenamiento de la crisis	32
Nombramientos, dimisiones y recambios	33
El tercer Gabinete de Franco	40
Resultado y valoraciones de la crisis	42

6. La destitución de Gerardo Salvador Merino, epílogo de la crisis de mayo de 1941	44
El modelo alemán a imitar	47
Un proceso inesperado	49
La imposibilidad del falangismo autónomo	50

CAPÍTULO 2. LA GÉNESIS DE LA DIVISIÓN AZUL

1. La invasión de la Unión Soviética	57
2. El nacimiento de la División Azul	65
Cinco días para materializar una idea: del 22 al 26 de junio de 1941 . . .	66
22 de junio	66
23 de junio	68
24 de junio	71
25 de junio	78
26 de junio	80
3. El reclutamiento de voluntarios	82
El desarrollo de la recluta y su contexto sociopolítico:	
el 27 de junio al 2 de julio de 1941	83
27 de junio	83
28 de junio	84
29 de junio	87
30 de junio	88
1 de julio	90
2 de julio	91
El balance de la recluta (adhesiones, reticencias e inhibiciones al alistamiento)	94
4. Entre España y Alemania	101
Concentraciones de voluntarios en España.	101
Se estructura provisionalmente la División Azul.	105
Primeros contactos de la División Azul en Alemania	106
La calle y la diplomacia durante la primera quincena de julio de 1941 . .	108
El viaje hacia Baviera	111

CAPÍTULO 3. LA CAMPAÑA MILITAR DE LA DIVISIÓN AZUL

1. Antes del combate (de julio a octubre de 1941)	117
El desarrollo de la guerra	117
La División Azul en el campamento militar de Grafenwöhr	122
Cincuenta y tres días de camino	134
2. El combate	144
La guerra a partir de octubre de 1941	144

1942	146
1943	151
1944	155
1945	157
La División Azul entra en combate: lucha ofensiva al este del río Voljov ..	161
Parapetamiento en la orilla occidental del río Voljov	168
La <i>Operación Predador</i> y su incidencia en la División Azul	173
Últimos compases en el frente del Voljov	178
Leningrado, nuevo frente de la División Azul	180
La lucha durante 1943	184
Los últimos seis meses de frente	187
La División Azul entrega el relevo: nace la Legión Azul	191
La Legión Azul	196
La lucha clandestina	204
CAPÍTULO 4. LA RETAGUARDIA DE LA DIVISIÓN AZUL	
1. Antes del combate (de julio a octubre de 1941)	211
La División Azul en el campamento militar de Grafenwöhr	211
Cincuenta y tres días de camino	217
2. El combate en 1941	226
3. El combate en 1942	234
Petición de descanso y de relevos para la División Azul	234
Reconocimiento alemán para la <i>Blaue Division</i>	239
Cambios en la División Azul	241
Muñoz Grandes y Serrano Suñer en la cuerda floja	249
Problemas para los divisionarios repatriados en Cataluña y el País Vasco	250
Reacción alemana frente a la propaganda británica en contra de la División Azul	254
El final político de Ramón Serrano Suñer	255
Nuevo embajador de España en Berlín	259
Alemania se esfuerza en dinamizar las interacciones con España	262
El relevo de Muñoz Grandes	264
4. El combate en 1943	269
Berlín espera una respuesta a su oferta de armamento	269
El proyectado segundo gran relevo para la División Azul	273
Comienza la <i>Era Dieckhoff</i>	275
5. El final de la División Azul	280
6. La Legión Azul	291
Nace la Legión Azul	291

La campaña de la Legión Azul	295
El pase a retaguardia y repatriación de la Legión Azul	300
7. La lucha clandestina	303

CAPÍTULO 5. EL PRECIO DE LA DIVISIÓN AZUL

1. El precio <i>humano</i> de la División Azul	311
Muertos y desaparecidos	312
Enfermos, heridos y mutilados	315
Desertores y retornados por presunta desafección	319
Prisioneros	321
El cautiverio	322
Gestiones para la liberación y repatriación	327
La liberación y el regreso	334
Barcelona	336
Algunas repercusiones de las repatriaciones del <i>Semíramis</i>	339
Las repatriaciones posteriores	342
2. El precio asistencial de la División Azul	344
Las prestaciones asistenciales durante la guerra (1941-1945)	344
<i>Las prestaciones asistenciales españolas</i>	346
<i>Las prestaciones asistenciales alemanas</i>	349
Las prestaciones asistenciales después de la guerra (1945-1995)	353
<i>Prosiguen las prestaciones asistenciales españolas</i>	353
<i>El restablecimiento de las prestaciones asistenciales alemanas</i>	355
3. El precio material de la División Azul	360
Los haberes de los divisionarios	360
El coste de la División Azul	363

CONCLUSIONES (significación histórica de la División Azul)

Significación política	372
Política interior	372
Política exterior	377
Significación económica	382
Significación militar	384
Significación social	390
Significación humana	394

APÉNDICES

Apéndice 1. Relación de voluntarios rusos, bielorrusos y ucranianos inscritos en la División Azul, con apuntes biográficos	399
Apéndice 2. Estructura provisional de la División Azul (Madrid, julio de 1941)	402

Apéndice 3. Expediciones del primer transporte de efectivos de la División Azul a Alemania (julio de 1941)	403
Apéndice 4. Relación de mandos de la División Azul en Alemania (Campamento de Grafenwöhr, julio de 1941)	404
Apéndice 5. Resumen de fuerzas de la División Azul en el frente (Rusia, febrero de 1942)	407
Apéndice 6. Relación de mandos de la Legión Azul	408
Apéndice 7. Relación alfabética de voluntarios para luchar clandestinamente en la Wehrmacht o en las Waffen SS, registrados por la Embajada alemana en Madrid; con indicación de su empleo militar	410
Apéndice 8. Relación alfabética de prisioneros en la Unión Soviética repatriados en abril de 1954 en el buque buque <i>Semíramis</i> , con indicación de su localidad y provincia de residencia	414
Apéndice 9. Importe mensual de los ingresos percibidos por los divisionarios a cargo de las arcas alemanas, en el supuesto de que no tuvieran hijos y hubieran permanecido en el frente, con indicación de la escala retributiva	422
Apéndice 10. Importes mensuales de las pensiones vitalicias por lesión permanente a miembros de la División Azul a pagar por el Tercer Reich, según el grado de mutilación y su estado civil	423
Apéndice 11. Importe mensual de las pensiones por defunción de miembros de la División Azul a pagar por el Tercer Reich a sus derechohabientes	425
Apéndice 12. Texto del articulado del Convenio Germano-Español sobre prestaciones derivadas de la actuación de la División Azul, de mayo de 1962	426
Apéndice 13. Relación anual del número de beneficiarios de los complementos de pensión pagados por Alemania entre 1965 y 1994 a los mutilados de la División Azul, y cantidades totales percibidas	431
<i>Notas</i>	433
<i>Fuentes primarias</i>	507
<i>Bibliografía</i>	511
Ámbito específico (División Azul)	511
Ámbito general	516
<i>Índice alfabético</i>	527
<i>Índice de mapas y cuadros</i>	547

1

El Tercer Reich entre Franco, la Falange y el Ejército: los meses previos a la formación de la División Azul

1. A MODO DE REFLEXIÓN Y DE RECUERDO

Anochecía tristemente. Un silencio ominoso, sólo turbado por el claxon fatídico de los automóviles de la muerte, se extendía por la ciudad... (José María Fontana, falangista.)¹

Estaba a veces acostado y le decía a mi mujer: «Carmen ¿sientes un auto que pasa?» En unas replacetas, un poco más allá de casa, sentía pom, pom, pom, y ya te habían liquidado a alguno. (Salvador Rubio, obrero.)²

Secularmente, en toda guerra civil, el bando dominante en cada una de las zonas en conflicto ha impuesto el terror sobre las personas consideradas desafectas. Hombres y mujeres han sido objeto de encarcelamientos, reclusiones en campos de concentración, torturas y asesinatos. Llegar a determinar el porqué del ejercicio de esa violencia indiscriminada en la retaguardia no es tarea sencilla. Tal vez sea consecuencia del miedo y la impotencia ante un enemigo que presiona a diario en el frente (*frustración e inseguridad* generan violencia); o, simplemente, manifestación del deseo de venganza que nace del odio. En todo caso, tal actitud es muestra palmaria de la degradación humana inherente a la guerra.³

Dicha violencia se dio también en nuestra Guerra Civil, de igual modo que empapó a la antigua Yugoslavia y hoy ensangrienta a parte del mundo. Masacres a manos del ejército sublevado en Andalucía y Extremadura, y asesinatos en la España republicana, fueron muestras de una misma realidad: la represión sin paliativos sobre *el enemigo* al alcance. Represión salvaje, con pocas concesiones, y en los dos bandos. De ahí que, cuando en 1941 se configuró la División Azul, miles de españoles tuvieran aún marcados a fuego en

sus mentes, cuerpos y corazones los traumáticos sucesos de julio de 1936, estallido violento de tensiones sociales y odios acumulados, y el sufrimiento —incuantificable— que siguió. Pero se daba la circunstancia de que sólo pervivía uno de los dos bandos, el vencedor (el otro agonizaba entre el exilio y el internamiento en cárceles y campos de concentración, en muchos casos preludio de muerte). Y fue éste el que mayoritariamente nutrió a la División, tanto en hombres como en apoyos. De ahí que, acto seguido, focalicemos nuestro análisis de la acción represiva entre los adscritos al *bando nacional*, únicos españoles por aquel entonces en condiciones de «devolver la visita» a quienes los habían vejado. El resto, aunque con mayor número de asesinados en retaguardia durante la guerra, penaba en el silencio que había impuesto la derrota.⁴

A mediados de 1941 la acción hostil de la denominada *España roja* permanecía latente en el recuerdo de muchos, sobre todo si habían sufrido su dominio en retaguardia. Y de modo muy especial en las grandes urbes, donde el movimiento obrero organizado logró considerables cotas de poder y, con escasas trabas, pudo ejercer su acción represiva. En este sentido, los testimonios de quienes no marcharon (falta de medios, de reflejos o situación familiar) han reiterado ese clima impuesto por las circunstancias revolucionarias. Era miedo lo que sentían, en buena medida nacido de la posibilidad de ser objeto de delación por parte de cualquier resentido anónimo. La angustia diaria, a lo largo de meses, dejó secuelas difícilmente soslayables. Si la delación se producía, llegaba la detención y, dado el caso, el encarcelamiento, la tortura o el asesinato. Los casos de Madrid y de Barcelona ejemplifican lo acaecido, y a éste último nos atendremos a continuación.⁵

En Barcelona, la represión ejercida durante la guerra generó un mínimo de 2.328 asesinatos, con la particularidad de que la mayoría lo fueron por las ideas y tan sólo una minoría por actos. Algo similar acaeció en Madrid, donde sólo las *sacas* mataron a más de 2.000 encarcelados (a destacar las de Paracuellos y Torrejón). En todo caso, la actuación represiva en las ciudades de la zona republicana tomó dos formas posibles: la nacida de sentencias y la llevada a cabo al margen de toda legalidad. La primera corrió a cargo fundamentalmente de tribunales populares, y ofreció a los acusados cierta posibilidad de defensa en juicio público. No obstante, el mayor número de asesinatos lo perpetraron *incontrolados* que, al menos hasta septiembre, impusieron su ley en la calle (63 por ciento de los *paseos* en Madrid); y, de manera especial, en las primeras semanas reinó *el terror* (Preston). Con ello, comenzó a perderse la revolución... y la guerra (Termes).⁶

Los asesinatos actuaban preferentemente durante la noche, en Montcada, Montjuïc o el Tibidabo, donde dejaban los cuerpos sin vida en las cunetas de las carreteras o en cualquier terraplén. El hecho de que ya el 19 de julio de 1936

fueran abiertas las puertas de las cárceles, con el consiguiente deambular de cientos de delincuentes comunes por las calles de la ciudad, influyó considerablemente en la magnitud de la tragedia. Militares y civiles sublevados, y religiosos, fueron las primeras víctimas del nuevo orden revolucionario. Posteriormente, todo sospechoso de ser *de derechas*, lo que imputaba a industriales, profesionales, menestrales y a millares de católicos. El mismo 19, varias personas fueron ejecutadas en la calle; en tanto que el barco *Uruguay*, anclado en el Puerto, adquiría la condición de cárcel. El 20, sofocada la rebelión, unos 30.000 fusiles quedaron en manos de civiles.⁷

De entre todas las manifestaciones de la represión, la persecución religiosa devino la más implacable (en Madrid, la que más mató en *paseos*). Templos y conventos fueron pasto de profanaciones y llamas, con la consiguiente destrucción de espacio de culto y de patrimonio artístico (en la colindante diócesis de Gerona el *martirio de las cosas* engulló 2.000 retablos y más de 6.000 tallas). Y la práctica religiosa —baja en términos relativos, pero no en cifras absolutas— quedó reducida a la clandestinidad. Todavía en julio, *Solidaridad Obrera* se expresó en los siguientes términos:

No queda ninguna iglesia ni convento en pie, pero apenas han sido suprimidos de la circulación un dos por ciento de los curas y monjas. La hidra religiosa no ha muerto. Conviene tener esto en cuenta y no perderlo de vista para ulteriores objetos.⁸

Un mínimo de 434 religiosos fueron inmolados en Barcelona durante la guerra, entre monjes, monjas y sacerdotes (en el conjunto de Cataluña, 1.541 sacerdotes, de un total de 5.060). Pero fue el asesinato del obispo de la diócesis, doctor Manuel Irurita, tras dos días en la checa de la calle de San Elías, el que mayor eco tuvo entre la opinión pública de la ciudad.⁹

Parte de los encarcelados en el Castillo de Montjuïc, la Comisaría de Orden Público, la *Conselleria* de Gobernación, el Palacio de Justicia, los barcos *Uruguay*, *Argentina* y *Villa de Madrid*, la cárcel Modelo, los cuarteles de la Guardia Civil de Consell de Cent y de Ausiàs Marc, y algunos conventos habilitados como presidio, después de procesados, fueron fusilados. Así perecieron más de 300 personas. Según consta en un libro registro, las descargas comenzaron en agosto (generales Goded y Fernández Burriel) y, muy disminuidas a partir de 1937, no concluyeron hasta enero de 1939. Se dio también, durante las primeras semanas, la circunstancia de presos sacados de sus celdas por *patrulleros* que actuaron de verdugos. Otros reclusos fueron enviados a *campos de trabajo* del *Servicio de Inteligencia Militar* (SIM), bajo un duro régimen disciplinario que, en determinados casos (campo de Els Omells de Na-Gaia, en Lérida), no escatimó palizas ni fusilamientos.¹⁰

Al margen de los centros de detención dispersos por la ciudad bajo control de partidos y sindicatos, tras la instalación del Gobierno de la República

en Barcelona (noviembre de 1937), el SIM proyectó y materializó varias checas, que torturaron para extraer declaraciones. Destacaron, por su actividad, la de la calle de Vallmajor, donde fueron hacinados hasta 550 reclusos, y la de la calle de Zaragoza, que concentró a unos 300 (en Madrid, sobresalió la del Círculo de Bellas Artes/calle de Fomento). En determinados casos, los presos ocupaban pequeñas celdas incomunicadas, con un camastro sobre un plano inclinado con suelo no uniforme y paredes pintadas con colores y dibujos de carácter violento, en las que focos de luces se proyectaban directamente sobre ellos y generaban sensación de movimiento. En el plano físico, soportaron también sofisticadas técnicas de tortura, traumatismos directos, y una precaria alimentación, fundamentalmente a base de pan y cocido aguado. Triste realidad que, durante y después de la guerra, sería utilizada hasta la saciedad por la propaganda franquista.¹¹

En un contexto de revolución, muy pocas personas de posición acomodada, o inclusive de la clase media, se sintieron completamente a salvo. Es conocido el pánico que invadía al historiador Pere Bosch Gimpera en la calle y el temor de Pompeu Fabra a la FAI. Sabido es también que, a raíz de su continuada labor humanitaria, tuvieron que expatriarse los *consellers* Ventura Gassol y Josep Maria España. En todo caso, el miedo a la violencia y las represalias sufridas en el entorno familiar y social propiciaron que personas de extracción social media o alta rechazaran la causa republicana y desearan la victoria del ejército sublevado (actitud clara y generalizada entre la clase alta, matizada y progresiva en la media).¹²

Muchos optaron por huir; otros, los menos lúcidos, decididos o afortunados, tuvieron que sobrevivir durante meses en un contexto hostil. Los que marcharon durante los primeros compases de la guerra se dirigieron mayoritariamente a Aragón, y los que lo hicieron una vez estabilizados los frentes, al extranjero. En tal caso, atravesaron a pie los Pirineos con ayuda de redes clandestinas creadas al efecto, aunque sin garantías de éxito; y hubo quienes embarcaron en el Puerto con visados facilitados por la Generalitat y documentación obtenida de consulados extranjeros; lo que, a la postre, salvó a muchas personas (más de 13.000 sólo los barcos franceses e italianos). Consecuencia de aquel trasvase, en la *España nacional* nacieron dos unidades específicamente catalanas, que combatieron en diversos frentes, pero con muchas bajas. Así, el *Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat* y la *Primera Centuria Catalana* quedaron inhabilitadas para luchar tras la defensa de Codo (Zaragoza) y Espinosa de los Monteros (Burgos), respectivamente. Más tarde, el *Tercio de Requetés* combatiría en la Batalla del Ebro, y el falangismo configuró dos nuevas centurias.¹³

Entre quienes se quedaron en Barcelona, los hubo que permanecieron escondidos; en tanto que otros ejercieron su actividad pública de la manera más desapercibida posible (algún que otro propietario acudió a diario a su

empresa reclamado por los obreros). En cuanto a los más belicosos, se integraron en la *Quinta Columna*, conjunto de grupúsculos dedicados al espionaje y la desestabilización en la ciudad, por medio de la propalación de bulos y comentarios derrotistas. Y si bien no dependían de una cúpula dirigente única, se movieron, al igual que en Madrid, en torno al falangismo; en primer lugar bajo el influjo de Luys Santa Marina, y tras su detención, del de Carlos Carranceja y Rafael Sánchez Mazas. Éstos, juntamente con Luis Canosa, dirigieron la red *Luis de Ocharán*, quizá la más compleja. Hubo incluso quien se jugó la vida como enlace con las avanzadillas *nacionales* a través de los Pirineos (un carlista pasó 14 veces de una zona a otra). En todo caso, la acción de la *Quinta Columna* alcanzó cierto nivel de efectividad; pero no llegó, ni de lejos, a conseguir el control de la ciudad.¹⁴

En otro ámbito, la actitud de los trabajadores con respecto a la Revolución apenas había sido objeto de estudio riguroso hasta hace unos 20 años, cuando unos cuantos historiadores comenzaron a penetrar en la vivencia obrera con el recurso a la entrevista. De sus estudios derivó la desintegración del mito académicamente aceptado de que la clase obrera era, por influencia de las teorías libertarias, revolucionaria. Varios trabajos salidos de la Universidad de Barcelona demostraron que sólo los líderes obreristas y quienes los secundaban tenían verdaderas aspiraciones subversivas. Y que, contrariamente a lo que se creía, la mayor parte de los trabajadores simplemente aspiraban a mejorar sus condiciones laborales y de vida en general. Con unos índices de analfabetismo que afectaban aproximadamente al 40 por ciento, hubo obreros que nada supieron de la colectivización de su empresa, ni que fue dirigida por comités sindicales. Otros se apercibieron del cambio, pero no compartieron el modo de obrar de quienes integraban los comités.

Los que llevaban el comité no sé cómo lo harían, pero yo me peleaba cada día con ellos. Porque les decía: «había un burgués y os habéis puesto siete» ... Ellos tenían que ayudar y lo que menos hacían era ayudar. (Josefina Juristo, obrera.)/ Estaba cansado de las críticas y de las murmuraciones. Nos criticaban porque no trabajábamos, porque íbamos arreglados ... Hacíamos asamblea y no entraba nadie. (Bartolomé Jiménez, obrero miembro de un comité de empresa.)¹⁵

En una situación de desánimo generalizado, agravada por la escasez de suministros y, a partir de 1938, por los efectos de constantes bombardeos de la aviación (más de 2.000 muertos), la mayoría anhelaba el final de la guerra. De ahí que las adhesiones que encontraron las fuerzas del general Juan Yagüe a su entrada en Barcelona no sólo fueran resultado del oportunismo: muchos fundamentalmente vieron en ellas el punto final de una pesadilla que había durado dos años y medio.¹⁶

En junio de 1941 los miles de españoles que habían sufrido la acción de la Revolución tenían todavía heridas por cicatrizar. Las cárceles, los cam-

pos de trabajo, las checas y los *paseos*, con o sin tiro en la nuca, estaban aún en la mente de muchos. De ahí que cuando el martes 24, bajo la impresión del ataque alemán, Serrano Suñer anatemizó voz en grito a la Unión Soviética, muchos de ellos, y sobre todo los más jóvenes, interpretaran que se abría el segundo y definitivo capítulo de nuestra guerra. La División Azul fue, pues, ante todo y sobre todo, hija de la Guerra Civil. Por otra parte, la implacable depuración ejercida sobre los empleados públicos considerados desafectos al Régimen había generado miles de plazas vacantes, que necesariamente tendrían que ser cubiertas en poco tiempo. La Ley de 25 de agosto de 1940 obligó a reservar una quinta parte para los alféreces provisionales o de complemento, otro tanto para el resto de excombatientes, una quinta parte más para mutilados de guerra, una décima parte para excautivos, e igual proporción para huérfanos de guerra. Con ello, el régimen de Franco reservó un 80 por ciento de todas las plazas disponibles para los sectores de población considerados adictos. En tales circunstancias, en las zonas que habían permanecido bajo control de la República la validación personal a nivel social de muchos pasaba, casi exclusivamente, por lograr la condición de excombatiente.¹⁷

En aquel contexto de privaciones y represión, pues, la incorporación a la División abrió una preciosa brecha en la impermeabilidad del sistema, al conferir la condición de excombatiente a todo aquel que regresara del frente ruso. A la vez, el alistamiento daría la oportunidad de fuga a quienes, firmes en sus convicciones igualitarias, se sentían presos de la atmósfera hostil del momento: bastaría con aprovechar una guardia o una acción de patrulla; y, ya en dominio soviético, informarían de cuanto supieran, en acto de servicio a la causa antifascista. Dos razones de peso entre los no afectos al Régimen, que se unieron a muchas otras, no menos importantes, entre el conjunto de la población. Así, el deseo de venganza por la muerte de tal o cual ser querido; el ansia de aportar algo a la causa por la que se había sufrido; la necesidad de poner un punto y aparte a un pasado oscuro; el afán de aventura; la necesidad de autoafirmación; una sensible reducción del servicio militar; ingresos añadidos; comida asegurada; la posibilidad de perder de vista a los suegros, a los padres, a la esposa o a la novia que, bajo la angustia del embarazo no deseado, anhelaba el paso definitivo... Y también, cómo no, la imposición (no sólo en los cuarteles, también en los presidios).¹⁸

Hubo, en fin, 45.500 razones que condujeron a la División Azul; una, como mínimo, por cada joven que, en el transcurso de dos años, se alistó, fuera en el ámbito falangista o militar. Desentrañarlas todas excede al nivel de lo posible, pues muchas, quizá las más, forman ya parte de un pasado irre recuperable que yace en nuestros cementerios o en la estepa rusa.

2. LA FALANGE Y EL EJÉRCITO: TENSIONES ACUMULADAS Y ACTITUDES GERMANÓFILAS COMPARTIDAS HASTA MAYO DE 1941

Falange y Ejército, dos bases del Régimen de Franco, eran instituciones germanófilas: la Falange, por su ideario profascista, y el Ejército, por conservadurismo y belicismo, tenían en la Alemania de Hitler un referente importante. Al margen de ello, sobrellevaban con dificultad su convivencia. Las fricciones venían de lejos, se remontaban a los primeros días de la Guerra Civil, cuando el intento falangista de combatir de manera autónoma topó con la autoridad militar, contraria a un cuerpo armado civil. Muy pronto las milicias fueron supeditadas al Ejército y, con ello, desnaturalizadas. De hecho, en aquella larga pugna, los *camisas azules* casi siempre tuvieron las de perder: habían sido los militares los impulsores del golpe de Estado y se consideraban legitimados para ejercer el poder en régimen de monopolio. Y, de hecho, según infiere Carles Viver de una muestra significativa, la casta militar ocupó el 29 por ciento de los cargos del Régimen hasta 1945, y llegó incluso a copar 38 de cada cien *altos cargos ejecutivos* de Falange Tradicionalista y de las JONS (FET-JONS).¹⁹

Era mucho lo que separaba a ambas instituciones. En primer lugar, aspectos ideológicos, pues los postulados fascistas predominantes en el falangismo chocaban con la mentalidad militar, conservadora y elitista. En este sentido, la constante invocación a la *revolución nacionalsindicalista* era inaceptable para un colectivo amante y garante del orden establecido. Pero no sólo las ideas, sino también las personas, los distanciaban: Serrano Suñer era el político más odiado por la cúpula militar; en tanto que el bilaureado general Enrique Varela era denostado por los *camisas viejas*, que veían en él la mezcla de lo militar y lo tradicionalista. De ahí que, aunque los hubiera, fueran pocos los puntos de contacto real entre Falange y Ejército, tanto a nivel institucional como personal; y ello, a pesar de disposiciones oficiales tendentes a una cierta yuxtaposición entre los mandos.

Franco, como militar, tenía su corazón al lado del Ejército, pero su ambición lo acercaba a la Falange, por encuadradora del pueblo español y garante de supervivencia política frente al generalato. Desde el final de la Guerra Civil, había intentado reiteradamente calmar los ánimos por medio de una política de equilibrio inestable, que favorecía (y perjudicaba) a unos y a otros. Pero ello generaba tensiones constantes que, a la postre, desestabilizaban el sistema, pues desembocaban en crisis que afectaban a la gobernabilidad del país, como la de mayo de 1941, que referiremos después. Analicemos, en primer lugar, la situación del falangismo.

La Falange

A finales del año 1940, FET-JONS, partido nacido del *Decreto de Unificación* de abril de 1937, era un aparato burocrático que controlaba algunos resortes del Poder (fundamentalmente prensa, propaganda y sindicatos), acomodado a los dictados del nuevo régimen. Presentaba, sin embargo, cierta oposición por parte de algunos sectores, generadora de tensiones. En este sentido, la fragmentación era una constante: *neofalangistas* sumisos a Serrano Suñer; *camisas viejas* agradecidos a Franco (Raimundo Fernández-Cuesta); o conspiradores que entendían que se había apropiado del Partido y que Serrano lo había manipulado para convertirlo en instrumento suyo. Además, la existencia de sectores no provenientes de la primigenia Falange, hacían de FET-JONS una extraña mezcla. La crispación, si cabe, se veía incrementada por la escasez de recursos financieros con que contaba, unos 30 millones de pesetas, el 0,5 por ciento del presupuesto total del Estado.²⁰

El primer semestre de 1941 fue decisivo para el futuro del Partido. En enero era dirigido nominalmente por Pedro Gamero del Castillo, y, de manera efectiva, por Serrano Suñer, al frente de la Junta Política. Artífice éste y colaborador aquél de la *Unificación*, ejercían su potestad en supeditación a la decisión última del jefe nacional, Franco. FET-JONS mantenía, a grandes rasgos, la correlación de fuerzas emanada del decreto unificador, aunque ya no tenían vigencia los Estatutos de 1937, sustituidos por los de 1939. Éstos habían introducido la figura del presidente de la Junta Política, con un amplio abanico de atribuciones, en detrimento del secretario, que adquirió rango de ministro. En todo caso, la representación en el Gobierno de la nación era escasa: Serrano, en Gobernación, y Gamero, ministro sin cartera, la colmaban.²¹

FET-JONS seguía dividida y el descontento entre los *camisas viejas* crecía, sobre todo respecto a la gestión de Serrano. En ese contexto, la *Vieja Guardia* de Madrid, reunida en torno a Pilar Primo de Rivera, al parecer le exigió transformarla en puntal del *Nuevo Estado* (Serrano aceptó). Pero ese estado de crisis calaba en profundidad y llegaba a la misma calle. Un informe de la Dirección General de Seguridad, de mediados de enero, apuntaba la desazón existente entre la militancia por la incapacidad de las jerarquías para hacerse con los resortes del Poder. Era deseo generalizado el proceder a una depuración profunda, e imponer severas penas a cuantos, dejados llevar por su ambición, desacreditaran el Partido.²²

De entre todos los puntos de la geografía española, quizá fuera Barcelona donde mayores recelos levantaba la acción falangista. No poca letra impresa llegada a Madrid a lo largo de los primeros meses del año reveló una situación poco menos que insostenible, en una ciudad fuertemente castigada por la escasez. En aquellos momentos, la población se manifestaba ya desen-

gañada ante la falta de soluciones aportadas por el Régimen. Y albergaba a amplios círculos que apostaban abiertamente por la causa aliada, bajo el influjo de la incansable labor propagandística del Consulado General británico. En Madrid, centro de la acción de los resortes del Estado, FET-JONS era menos censurada, a la vez que la propaganda alemana, centralizada en la Oficina de la calle de Alcalá, lograba mayor incidencia social.²³

Los *camisas viejas* más exaltados, agrupados en una *Junta Política* clandestina que abogaba por el derrocamiento de Franco, habían mantenido a lo largo de 1940 repetidos contactos con el jefe del Partido Nazi en España, Hans Thomsen, en el intento de recabar la ayuda de Alemania. Esas conversaciones se interrumpieron en febrero de 1941, cuando se hizo evidente la pretensión de convertir España en un *satélite* del Reich. Entre tanto, llegó a manos de Franco una denuncia contra Yagüe, destacado conspirador; y, una vez más, obró astutamente: lo reprendió personalmente, y cuando confesó sus intenciones, le ofreció un ascenso. Parece ser que a raíz de aquel suceso la *Junta* se creyó descubierta, y planteó el asesinato a Franco, propuesta que, en votación secreta, no prosperó. Finalmente, optó por autodisolverse.²⁴

Los *camisas viejas* y los elementos más jóvenes del Partido eran visceralmente germanófilos. En este sentido, en poco o en nada habían cambiado los sentimientos desde los tiempos de la Guerra Civil, y poco iban a cambiar en el futuro. La admiración por Alemania y la creencia en su triunfo militar era compartida por todos ellos. Sólo el indisimulado deseo nazi de hegemonía impidió que optaran por reclamar una acción en territorio español. En cuanto a los *camisas nuevas*, su actitud hacia Alemania era más diversificada, e iba en función del grado de adhesión real al falangismo. Serrano Suñer y su círculo se mostraban particularmente italianófilos —a la par que anglófilos— pero sentían gran admiración por Alemania. Y a pesar de que el ministro se esforzó durante muchos años en defender un hipotético desapego con respecto a su causa, lo cierto es que no le habría importado unir destinos en condiciones de relativa igualdad. Al margen de las continuas manifestaciones de Hoare sobre su belicismo y de que el general Aranda lo acusase de instar al Gobierno en dicho sentido, son bien conocidas las intenciones de Serrano y Franco con respecto a la guerra, sobre todo tras la demolición del *mito de Hendaya*. Intenciones belicistas que Serrano mantuvo mucho más allá de diciembre de 1940 (en mayo de 1941 se manifestó al menos tres veces abiertamente a favor del conflicto), cuando, frustradas definitivamente las aspiraciones de obtener el Imperio norteafricano francés de manos de Alemania, Franco dijo *no* a la entrada en guerra.²⁵

El Ejército

Y llegamos al Ejército. Vencedor indiscutible de la Guerra Civil, gozaba de prestigio a nivel internacional y de unidad. En conjunto, sus mandos estaban satisfechos por los privilegios adquiridos, a pesar de lo reducido de su sueldo, y orgullosos, en el convencimiento de ser el soporte del nuevo Estado. Y rechazaban de plano cualquier intento de usurpación de dicha función, sobre todo si procedía de la Falange, su más acérrima rival.²⁶

En junio de 1939 Franco reorganizó el Ejército de Tierra sobre la base de 24 divisiones integradas en 10 Cuerpos, uno por Región Militar y los dos restantes en Marruecos. Su segundo Gobierno, constituido en agosto, otorgó cinco de las 14 carteras a militares y tres a falangistas. El Ministerio de Defensa Nacional, hasta entonces en manos de Dávila, fue escindido en tres: Ejército, Marina y Aire. Su titularidad correspondió, respectivamente, a Varela, al vicealmirante Moreno y a Yagüe, primer ministro español del Arma Aérea. Asuntos Exteriores se mantuvo en manos de un militar, el coronel Juan Beigbeder, que reemplazó a Gómez-Jordana. Finalmente, Franco incorporó a otro militar, el general Agustín Muñoz Grandes, al frente de la Secretaría General del Movimiento, con lo que supeditó aún más a la Falange.²⁷

Fue Varela quien, con el apoyo de su subsecretario, el general Camilo Alonso Vega, logró la total supeditación del Ejército de Tierra a Franco en el transcurso de 1940. Para ello empleó una política de mano dura, tanto con los vencedores como con los vencidos. Así, la Ley de 12 de julio facultó la separación del servicio, sin posibilidad de interposición de recurso, y la de 27 de septiembre restableció los tribunales de honor, lo que comportó la expulsión o retiro de la mayor parte de quienes habían hecho la guerra con la República. Unos meses antes, la Ley de 15 de marzo había militarizado a la Guardia Civil. Además, Varela redujo los efectivos del Ejército a la tercera parte, y el 5 de abril de 1940 restableció las Capitanías Generales, abolidas en 1931, para supeditar la estructura político-administrativa del país al control militar.²⁸

La cúpula ministerial fue reestructurada el 27 de junio de 1940, al asumir la cartera del Aire el general Vigón, tras el cese de Yagüe. A principios de 1941 ocupaban, pues, la titularidad de los ministerios militares Varela, Moreno y Vigón. Era jefe del Estado Mayor del Ejército, Martínez Campos; director general de Servicios, Moreno Calderón; jefe de la Casa Militar de Franco, Moscardó; jefe de la Academia Militar, Ungría; jefe de la Academia Superior de la Guerra, Aranda; y presidente del Consejo, Gómez-Jordana, todos ellos generales. Por su parte, mandaban las Capitanías, Saliquet (I, Madrid), Dávila (II, Sevilla), Cánovas (III, Valencia), Orgaz (IV, Barcelona), Monasterio (V, Zaragoza), López Pinto (VI, Burgos), Solchaga (VII, Valladolid) y Solans (VIII, La Coruña). El mando del Campo de Gibraltar lo detentaba Muñoz Grandes;

el de las islas Baleares, Kindelán, y el de las Canarias lo compartían Serrador y García Escámez. En Marruecos, Asensio era alto comisario; Ponte, comandante de operaciones, y Barrón y García Valiño, jefes del IX y X Cuerpos de Ejército respectivamente. Controlaba Tánger el coronel Yuste e Ifni su homólogo Bermejo.²⁹

Tres eran los grandes problemas detectados por aquel entonces en el seno del Ejército: lo exiguo de los sueldos de la suboficialidad, causa ya de algunos actos de protesta por parte de sargentos provisionales; la insuficiente alimentación de la tropa, falta de pan, y la escasez de tabaco destinado a ella; y un creciente descontento entre los últimos reemplazos incorporados a filas, obligados a formar parte de los piquetes de ejecución. Por su parte, la oficialidad veía con creciente preocupación la inflación y recelaba de algunas depuraciones y de determinados reingresos. Finalmente, preocupaba al Servicio de Información Militar un conjunto de indicios que apuntaban a la penetración del espionaje británico entre su filas.³⁰

Desde el inicio de la guerra europea, el Ejército de Tierra manifestó reiteradamente sus simpatías por la causa alemana, tanto a nivel verbal como de sus publicaciones (un informe de mediados de 1941 a la Embajada alemana amplió la germanofilia al conjunto de las Fuerzas Armadas, aunque reconoció ciertas anglofilias, sobre todo en Aire). En todo caso, la oficialidad formada durante la Guerra Civil era claramente germanófila, y el generalato, salvo casos contados, también, aunque de forma más matizada. Los profalangistas Yagüe y Muñoz Grandes, así como Asensio, eran paradigma de germanofilia. Tres generales de peso, que a lo largo de la Segunda Guerra Mundial ostentaron carteras ministeriales, y que llegaron a abogar conjuntamente por la plena implicación de España. Yagüe sería definido por el propio Alto Mando del Heer (Ejército alemán de Tierra) como *fanático* germanófilo; Muñoz Grandes llegaría a ser para Hitler el recambio idóneo de Franco; y Asensio influyó siempre en favor de Alemania. Serían considerados también germanófilos, entre otros, Alonso Vega, Álvarez Arenas, Barrón, Bartomeu, Ben Mizzian, Dávila, De los Arcos, Esteban-Infantes, Fuentes, García Valiño, González Badía, Iruetagoiena, Monasterio, Moscardó, Ríos Capapé, Saliquet, Tamayo y Ungría.³¹

De hecho, en 1940 y 1941 ningún mando del Ejército olvidaba la trascendental ayuda recibida durante la guerra. Alemania había contribuido eficazmente a la aniquilación militar del enemigo, y eso no podía olvidarse de un día para otro. Además, la victoria alemana aseguraría el mantenimiento indefinido de la realidad política de posguerra, en tanto que su derrota podría cuestionarla y, por lo tanto, contribuir a un nuevo enfrentamiento civil. En todo caso, las publicaciones militares españolas, impresionadas por el derribamiento de la Europa Occidental y Nórdica, tildaban al Ejército alemán de invencible y vaticinaban la rápida derrota aliada. A su vez, la revista

Ejército no tenía reparos en magnificar algunos conceptos nazis en su vertiente militar, como el de *espacio vital*.³²

La diferente intensidad en la germanofilia tuvo, hasta cierto punto, su reflejo en la actitud frente a la posible entrada de España en la guerra; y, aunque la mayoría de los oficiales se mostraban partidarios, sólo dos generales, Yagüe y Muñoz Grandes, se manifestaron abiertamente a favor. Aun así, todavía no se manifestaban con fuerza las tendencias anglófilas en el seno del generalato (Varela, Gómez-Jordana, Aranda, Kindelán y Martínez Campos eran una excepción). Y, por iniciativa del agregado naval en Madrid y aquiescencia de Hoare y Churchill, la anglofilia fue reforzada desde Londres con sustanciales emolumentos: hasta 13 millones de dólares entre mediados de 1940 y finales de 1941 (Ros Agudo). Tras los pertinentes ingresos en la *Swiss Bank Corporation* de Nueva York y la *Société de Banque Suisse* de Ginebra, llegaban a manos del banquero Juan March; y eran distribuidas, entre generales y algunos jefes, sin dejar rastro de su origen, como donaciones del capital español contrario a la entrada en guerra. Aunque, salvo los casos de Orgaz y Aranda (el más beneficiado: dos millones de dólares en la primavera de 1942), persisten las dudas sobre la identidad de los sobornados, supuestamente unos 30. En todo caso, la anglofilia de Aranda, Kindelán y Martínez Campos fue paradigmática, hasta el punto de que mantuvieron repetidos contactos con la diplomacia británica en España, a la que informaron del desarrollo de algunos aspectos candentes de política interior y exterior.³³

Antonio Aranda mantuvo varias reuniones con el agregado militar de la Embajada británica, general de brigada (*brigadier*) Windham Torr, durante los primeros meses de 1941. En ellas hizo confidencias de política interior y exterior, ciertamente comprometedoras, y comunicó la puesta en marcha de mecanismos conspiratorios contra Franco. El Foreign Office lo catalogó como líder del movimiento *antiserranista* y antigermano en el seno de las Fuerzas Armadas; pero cuestionó la capacidad de actuación del movimiento, y puso en tela de juicio las posibilidades que se desprendían de sus declaraciones. En cuanto al monárquico Alfredo Kindelán Duany, manifestó a Torr (12 de febrero) su total oposición a la entrada en guerra; también, que Hitler insistía en llevar a cabo un nuevo encuentro con Franco, quien se negaba a crear un Cuerpo de Ejército para la defensa de los Pirineos; y que varios oficiales habían viajado al Campo de Gibraltar para evaluar los posibles costes de una acción militar contra el Peñón. Y felicitó a su interlocutor por la labor de captación llevada a cabo entre la opinión pública española. Finalmente, Carlos Martínez Campos aseguró a Torr (10 de marzo) que España se defendería con las armas, con ayuda británica si fuera necesario, ante una invasión alemana; y a Arthur Yencken (5 de abril), que no había habido cambios en la disposición de las tropas en los últimos meses, salvo el envío de unidades a Asturias para neutralizar las acciones maquis.³⁴

Al margen del generalato, a principios de marzo la diplomacia británica en España era de la opinión de que nueve de cada 10 españoles eran partidarios de la defensa a ultranza de su patria frente a una invasión alemana, y de que sólo los falangistas jóvenes se mostrarían satisfechos ante tal circunstancia. Los generales, en opinión de Hoare, estaban decididos a tomar las armas y sólo disentían en el modo de proceder en aquellos momentos. En este sentido se dibujaban dos posturas, defendidas respectivamente por Vigón y Martínez Campos: la de preparar la defensa, y la de mantenerse a la expectativa, con vistas a no provocar a Hitler. De hecho, el temor a la invasión alemana servía claramente a los intereses británicos, y se sumaba a los efectos de la política de sobornos seguida desde Londres. De la indiferencia u hostilidad hacia Gran Bretaña entre buena parte del generalato, se pasó a una actitud más receptiva, generadora de esperanzas entre la diplomacia británica.³⁵

Pero al margen de sus tendencias políticas y de su postura frente a la guerra, los generales coincidían en su odio hacia Ramón Serrano Suñer, el civil más influyente ante Franco. Los más conservadores atacaban su hipotético falangismo y los profalangistas su oportunismo; y tanto unos como otros censuraban su desmesurada ambición. El hecho es que el acceso al cargo de ministro de Exteriores, en sustitución de Beigbeder (octubre de 1940), había acrecentado aquella aversión, grande desde la destitución de Muñoz Grandes de la Secretaría General. En febrero de 1941 la oposición era tal, que Stohrer informó de la inminencia de un ultimátum a Franco para que lo destituyera. Y en abril llegó a barajar la posibilidad de un golpe de Estado.³⁶

En ese contexto de visceral oposición militar a la figura de Serrano Suñer iba a tener lugar la crisis de Estado de mayo de 1941, la más seria a la que Franco tuvo que hacer frente desde la Unificación política de abril de 1937, y la de mayor duración de entre todas las habidas a lo largo de las cuatro décadas de pervivencia de su régimen.³⁷

3. LA DIPLOMACIA ALEMANA EN ESPAÑA³⁸

A principios de 1941, bajo el influjo de la guerra y de la mentalidad nazi, el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores (el *Reichsaußenministerium* o *Auswärtiges Amt*) era una complejísima estructura, posiblemente de las más amplias de cuantas generaba la desproporcionada burocracia estatal de la Alemania de Hitler. Estaba configurado por varios departamentos, estructurados a su vez en multitud de secciones, de los que dependían miles de políticos, diplomáticos y funcionarios repartidos entre los cinco continentes.³⁹

Hacia ya tres años que Joachim von Ribbentrop era el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, desde que el 5 de febrero de 1938 relevara al barón

Constantin von Neurath. El también barón Ernst von Weizsäcker era el titular de la Secretaría de Estado, y Ernst Woermann lo era de la Subsecretaría. Otros cargos de importancia los ostentaban el embajador Karl Ritter y su agregado Ernst Eisenlohr. Paul Karl Schmidt era el portavoz de Prensa. Alexander Dörnberg era jefe de la Sección de Protocolo, el cónsul general Paul Wüster era jefe del Departamento de Información, el director general Hans Schroeder lo era del Departamento de Personal, el también director general Emil Wiehl era jefe del Departamento de Política Económica, y tenía como suplente a Carl Clodius. El Departamento de Política Comercial lo presidía Herman Friedrich Sabath; el Departamento Político, el consejero delegado Richard Haidlen y los consejeros Kurt Heinburg y Karl Schwendemann; el Departamento de Derecho, Gustav Rödiger; y el de Interior, Horst Wagner. Era jefe de intérpretes Paul Otto Schmidt. Hans Brandau controlaba el Servicio de Traducciones y Reder el de Radio. La representación del Ministerio en el OKW estaba en manos del barón Reinhold Ungern-Sternberg.

Ribbentrop, nazi convencido, tuvo mucho cuidado en establecer un férreo control sobre sus subalternos, y muy especialmente sobre los diplomáticos de carrera formados en la vieja escuela imperial o en la de Weimar. Para ello se valió de la llamada *Oficina de Servicio Ribbentrop* (*Dienststelle Ribbentrop*), vasta red funcional donde jóvenes nazis ambiciosos, que por extracción social posiblemente jamás hubieran accedido a la carrera diplomática, le informaban directamente (no pocas veces entraban en conflicto con los diplomáticos). La *Oficina*, que extendía sus tentáculos a todas las legaciones, ejercía un especial control sobre aquellos diplomáticos que, como era el caso del embajador en España, perdían la confianza del ministro.⁴⁰

Dentro del Ministerio, las relaciones con España eran objeto específico de la Sección Tercera del Departamento Político (Pol III), que se ocupaba, además, de Portugal y el Vaticano; de la Sección Segunda del Departamento de Política Económica (W2), ocupada de la Europa occidental y meridional; de la Sección Tercera del Departamento de Noticias y Prensa (P IIIa), que abarcaba además Portugal, El Vaticano y Suiza; y de la Sección Octava del Departamento de Información (Inf VIII), que comprendía la Península Ibérica y Sudamérica. A la vez, España era objeto prioritario de la Secretaría y la Subsecretaría de Estado, instancias del Ministerio que mantenían un continuo trasvase de información con la Embajada en Madrid.⁴¹

Pero faltaba, como para tantos otros objetivos de la política del Reich, una unidad de criterios a seguir. Así, se daba el caso de que las directrices variaban sensiblemente entre Ribbentrop y el embajador Stohrer por un lado, y entre ambos y determinados órganos del Estado y del Partido por otro. De hecho, el ministro era partidario de presionar a España para hacerla entrar en la guerra, actitud no compartida por Stohrer, consciente de las limitaciones reales del país a sólo dos años de una cruenta Guerra Civil. Ambos, sin

embargo, compartían una actitud de reserva respecto de los asuntos internos españoles, lo que los alejaba de la Organización para el Extranjero del Partido, de las SS y del Ministerio de Propaganda. Y aunque al inicio de la guerra Hitler confirmó a Ribbentrop como responsable único de la política exterior del Reich, llegado 1941 los órganos citados habían logrado aumentar progresivamente su nivel de independencia en España, hasta acercarse al que tenían en 1936.

Las representaciones alemanas en España

La Embajada en Madrid era la mayor representación alemana en el extranjero, tanto en número de personal como por el volumen de información gestionada. Sólo durante 1942 envió unos 7.000 telegramas, con lo que superó en mil a la Embajada en Roma, en 2.000 a la de París y en 4.000 a la de Tokio. Y, a la vez, fue la que tuvo el mayor desgaste de directores, pues en tan sólo ocho años, desde 1936 a 1945, vio el paso de cuatro embajadores y un encargado de negocios. Fueron, por orden de ocupación del cargo, Wilhem Faupel, entre noviembre de 1936 y agosto de 1937; Eberhard von Stohrer, entre agosto de 1937 y enero de 1943; Hans von Moltke, entre enero y marzo de 1943; Hans Dieckhoff, entre abril de 1943 y septiembre de 1944; y el encargado de negocios Sigismund von Bibra, entre septiembre de 1944 y mayo de 1945, momento en que la policía española selló los edificios de la Embajada y detuvo a los diplomáticos.

Parece ser que a finales de 1941 el personal de la Embajada ascendía a casi 500 colaboradores, entre alemanes y españoles, a los que había que sumar unos 180 más que prestaban sus servicios en los consulados, viceconsulados y agencias consulares establecidos en la Península, el Protectorado y Tánger. A su vez, un total de 134 agentes del contraespionaje trabajaban camuflados en empleos varios, muchas veces —quizá la mayoría— con desconocimiento del propio embajador. Por aquel entonces, configuraban el personal diplomático, además de aquél, un total de 32 personas: tres consejeros de embajada, un consejero comercial, un consejero honorario, cinco consejeros de legación, tres secretarios, y 19 agregados, nueve de ellos encargados de asuntos militares. Desde agosto de 1937, tras el cese del general Faupel, era el titular de la Embajada Stohrer.⁴²

Stohrer había nacido en febrero de 1883, y a pesar de que su padre era general de Infantería, cursó estudios de Derecho y Ciencias Políticas, materias en las que se doctoró por las Universidades de Leipzig y Estrasburgo respectivamente. Ingresado en 1909 en el *Auswärtiges Amt*, estuvo destinado en Sofía, Londres y Bruselas hasta 1913, año en el que llegó a Madrid como secretario de embajada. Durante la Primera Guerra Mundial fue uno de los má-

ximos artífices del mantenimiento de la neutralidad española, a pesar de la tendencia proaliada del conde de Romanones. Entre 1927 y 1936 ejerció su actividad en Egipto, con el cargo de ministro plenipotenciario en El Cairo, hasta que en agosto de 1937 le fue ofrecido el cargo de embajador en Madrid. Amante de España, Stohrer era hombre de palabra a la par que hábil negociador, lo que agradaba a Franco, con quien mantenía una estrecha relación. La amistad de Serrano Suñer le reportó más disgustos que satisfacciones, pues lo convirtió en objeto de ataque de quienes deseaban su final político. Afiliado al Partido Nazi, fue ante todo un diplomático de la vieja escuela, formado en la época imperial. Su defensa a ultranza de la neutralidad española, contraria a las tesis del Partido y de Ribbentrop, le supuso, a partir de finales de 1941, la pérdida de confianza del ministro.⁴³

Los tres consejeros de embajada eran Heberlein, Heyden-Rynsch y Schroetter. El doctor Erich Heberlein era el primer consejero, y desempeñaba su labor desde su llegada a España en 1937, en época de Faupel. El doctor barón Berndotto von der Heyden-Rynsch era el segundo consejero; fue enviado a Madrid por Ribbentrop en 1940, a raíz de un contratiempo durante la campaña de Polonia. Erich Schroetter tenía a su cargo la Sección Consular; en tanto que Richard Enge era el consejero comercial y el doctor Walter Zechlin consejero honorario. Eran consejeros de legación, Eberl, Gardemann, Kempe Lazar y Stille, lista a la que se añadió poco después Likus. Y ocupaban el cargo de secretarios de legación, el doctor Rudolf Bobrik, el doctor Wilhem Petersen y Georg Graf zu Pappenheim.

El doctor Hans Lazar dirigía la sección de Prensa y era considerado la *eminencia gris* de la Embajada. Periodista de profesión, gozaba de buenas relaciones entre los diplomáticos españoles y los círculos periodísticos de la capital. Era persona de confianza de Stohrer, quien en 1939 lo había incluido entre el personal, y se mostró siempre dispuesto a ayudarle en su pugna con los representantes del Ministerio de Propaganda (creó su propio Departamento de Prensa). En todo caso, su influjo sobre la prensa española del momento, y el hábil manejo que hizo de ella, lo convirtieron en una de las *bestias negras* de Samuel Hoare. Por su parte, el doctor Otto Eberl tenía a su cargo el Departamento de Economía, mientras que Gardemann y Likus configuraban una especie de diplomacia paralela, en contacto directo con la *Oficina Ribbentrop*, de la que dependían.⁴⁴

Erich Gardemann, llamado *el verdadero embajador*, fue nombrado por Ribbentrop en el verano de 1939, a tenor de una conversación con Otto Abetz. Debería observar la actividad de la diplomacia enemiga y valorar la realidad política española, especialmente la actividad de la Falange y de los monárquicos. Para ello, gozó del privilegio de informar directamente a la *Oficina*. Mantuvo una buena relación con Stohrer hasta finales de 1940, momento en que comenzó a oponerse a su labor, lo que derivó en animadversión personal.

De hecho, contaba con la amistad de Serrano Suñer y con frecuencia trató directamente con él, lo que invadía la jurisdicción del embajador. Con el paso del tiempo, sin embargo, esa relación también se enfrió, hasta el punto de pasar a ser de hostilidad. Con la finalidad de ampliar la influencia cultural de Alemania en España, y en colaboración con el Departamento de Cultura de la Embajada y el apoyo de Ribbentrop, gestionó la fundación de la *asociación Hispano-Germana* (agosto de 1941), con sede en Madrid.⁴⁵

Rudolf Likus era persona de confianza de Ribbentrop, de quien había sido compañero de colegio y a quien había ayudado a ascender, merced a sus buenas relaciones. Parece ser que llegó a España en noviembre de 1941 con la misión de obtener información de la Embajada en ausencia de Stohrer, para *reactivar* las relaciones hispano-alemanas. Cuando Otto Abetz abandonó la *Oficina* para hacerse cargo de la Embajada en París, asumió la dirección de su plana mayor, y, con ello, el asesoramiento de Gardemann. Pronto sus informes y sus viajes a Berlín, hicieron de él pieza fundamental para el ministro.

De entre los 18 agregados de la Embajada, nueve eran militares y otros tantos civiles. Eran agregados militares, von Bülow, Hoffmann, Krappe, Lerek, Menzell, Meyer-Doehner, Vollhardt, Wenckstern y Willhelmi. En cuanto al coronel Günther Krappe, en 1941 había sustituido como agregado del Ejército al general Walter Bruns, en el cargo desde 1939; y disponía, al igual que éste, de la colaboración del teniente coronel Hans Willhelmi, agregado adjunto. El capitán de navío Kurt Meyer-Doehner era el agregado de la Marina (adjuntos, los capitanes de corbeta Alfred Menzell y Hans Lerek). El general de división barón Hilmer von Bülow era el agregado del Aire (ejercía sus funciones el general Eckart Kraemer), y tenía a sus órdenes al coronel Germann von Wenckstern, al comandante Hans Hoffmann y al ingeniero aeronáutico doctor Herbert Vollhardt. Y respecto a los agregados civiles, dos se ocupaban de la prensa (el doctor Herbert Stahmer, del Departamento de Información del Auswärtiges Amt, y el doctor Kurl-Friedrich Grosse); uno (doctor Josef Schoff), de la radiodifusión; otro (doctor Karl Kräntle), de cuestiones agropecuarias; tres (Otto Kamler, el barón Hans Bernhard von Welczeck y el doctor Arthur Dietrich) no tenían asignadas oficialmente funciones específicas, y los dos restantes (Alexander Bruns y Albrecht Georg von Koos), ostentaban el cargo honoríficamente.

Además del personal diplomático, en la Embajada o en estrecho contacto con ella destacaron varias personas con cometidos de importancia. Era el caso del capitán Wilhelm Leissner (constaba en las relaciones diplomáticas como agregado honorario con el nombre de Gustav Lenz), jefe del contraespionaje militar en España (la *KO —Kriegsorganisationen— Spanien*), con más de 200 subalternos y unos mil colaboradores. Y del general de las SS Paul Winzer, encargado de las funciones de policía (agregado de la Gestapo) y jefe

del *Büro Winzer*, con la colaboración de sus subordinados Ernst Hammes, Heinz Singer y Georg Vey, persona de enlace con la División Azul. Winzer llegó a España a principios de marzo de 1939, y ya a mediados de 1941 había logrado configurar un sólido Servicio de Seguridad, con una oficina central en la Embajada y delegaciones en todos los consulados; y tenía, además, a varios de sus agentes infiltrados en las empresas alemanas instaladas en el país.⁴⁶

El jefe del grupo nacional de la Organización para el Extranjero del Partido Nazi, Hans Thomsen, había establecido una estrecha colaboración con el consejero Gardemann. A finales de 1941 partió hacia el frente del Este por espacio de dos meses, posiblemente para contactar con miembros de la División Azul quejosos de la realidad política española del momento. Por su parte, el jefe de batallón de las SS Karl Arnold, *enviado especial para Latinoamérica* del Auswärtiges Amt, concentraba el servicio postal secreto con América del Sur. Su misión consistía en recoger el correo regular de Berlín y enviarlo a Buenos Aires, con el concurso de varios colaboradores a ambos lados del Atlántico.

El ex embajador alemán en España, general Wilhelm Faupel, mantenía un estrecho contacto con la Embajada como director de la *Sociedad Germano-Española*, en Berlín, donde trabajaba en colaboración con su esposa, Edith (financiaban a estudiantes españoles y organizaban actos culturales). Para el desempeño de su cometido, además de la información que recibía de la Embajada y de sus múltiples contactos en toda España, contaba con numerosos *camisas viejas* partidarios de Hedilla que, tras su detención, emigraron a Alemania. Otra importante fuente de información la constituían los embajadores y cónsules sudamericanos, sobre todo los que se establecieron en España y Alemania a raíz de la entrada de Estados Unidos en la guerra, y el consiguiente cambio de postura de sus países respecto al Eje. Desde Berlín, llevó a cabo una lucha activa contra la política de Stohrer, juntamente con Johannes Bernhardt, enviado especial de Goering en España; quien, como sabemos por las investigaciones del doctor Ángel Viñas, disfrutaba de amplios contactos entre los círculos económicos españoles y había sido pieza clave en la ayuda alemana a Franco al inicio de la Guerra Civil.⁴⁷

Pasemos ahora a analizar la segunda gran instancia diplomática alemana en España: el Consulado General. Con la entrada de las tropas *nacionales* en Barcelona a finales de enero de 1939, el *Deutsches Generalkonsulat für Spanien* recuperó su tradicional sede en el céntrico Paseo de Gracia, después del largo paréntesis impuesto por la Guerra Civil, cuando desempeñó sus funciones en Salamanca y Burgos, al amparo del Cuartel General de Franco. Ejercía múltiples funciones, pero contaba con pocos diplomáticos en comparación con la Embajada (ocho en abril de 1939 y nueve en abril de 1945). Veamos quiénes eran.

En 1939 era cónsul general de Alemania en España el doctor Rolf Jaeger. Eran vicecónsules generales Gottfried von Waldheim y Alfons Reuschenbach; canciller, Fisher; cónsul secretario, Walter Riemer; y cónsules en prácticas Hans Bartoleit, Baumer y Paul Nagler. A las órdenes de todos ellos trabajaban tres empleados y cinco secretarías, dos de ellas españolas. Al final de la guerra (abril de 1945), era cónsul general el doctor Hans Kroll (desde junio de 1943, en sustitución de Jaeger); Reuschenbach era ya cónsul de carrera, juntamente con Emil Geiger, el doctor Karl Resenberg y Friedrich Rüggeberg. Era canciller Ernst Lässig, y cónsul secretario de primera clase Riemer, asistido en sus funciones por el secretario Nagler, también ascendido. El cargo de agregado comercial lo ejercía Hans Burandt. Pocos hombres, los diplomáticos del Consulado General, que, sin embargo, constituían un núcleo de fidelidad al régimen nazi: salvo Reuschenbach y Fisher, quienes ejercían sus funciones en 1939 eran miembros del Partido (Bartoleit era el jefe local); Bahmer, además, militaba en las SS.⁴⁸

Hasta julio de 1942 el Consulado General dispuso sólo de tres organismos adscritos: el Departamento del cónsul Rüggeberg, quien tenía a su disposición tres personas; el *Comité de Ayuda Hispanoalemana*, con un jefe y una secretaria; y el Departamento de la Policía de Seguridad; cuyos miembros, si bien trabajaban en las dependencias del Consulado, disponían de una estancia aparte para la custodia de documentación secreta. No había un Departamento Político, y todo lo relativo a este ámbito era despachado por el cónsul Strachwitz y el propio cónsul general Jaeger. El contacto con la Embajada era muy intenso y también fluido, en parte gracias a la amistad de Jaeger y Stohrer.⁴⁹

La vida de los diplomáticos alemanes en Barcelona transcurría en medio de actos protocolarios, puntuales visitas a los heridos de la División Azul, y también de las intrigas y dificultades del día a día; éstas, derivadas en su mayor parte de los múltiples problemas que generaba la guerra y de la complicada burocracia del Reich, así como de rivalidades personales. Sirva de ejemplo el caso del vicecónsul von Waldheim, quien tuvo que ser defendido personalmente por Jaeger ante el embajador, al objeto de suavizar un informe de Winzer dirigido directamente a Ribbentrop (lo acusaba de negligencia en el desarrollo de su actividad, con el tema judío de por medio).⁵⁰

Dependientes de la Embajada y del Consulado General, había los diversos consulados y viceconsulados esparcidos por la geografía española, que en septiembre de 1941 ascendían aproximadamente a 30 legaciones, a las que había que sumar 11 agencias consulares. En conjunto, empleaban a unas 180 personas. Veamos, a continuación, su distribución geográfica:

— Cornisa cantábrica: En el País Vasco tenían su sede dos consulados que irradiaban su jurisdicción a Navarra, La Rioja y la franja noreste de Castilla y León: el de Bilbao, que controlaba Vizcaya, Burgos, Soria y la Rioja, y el de San Sebastián, con jurisdicción sobre Álava, Guipúzcoa y Navarra. Había

también una agencia consular en Irún, dependiente del Consulado de San Sebastián. Cantabria tenía un consulado en Santander. El Consulado de Gijón tenía jurisdicción sobre Asturias y León. En Galicia había dos consulados más, el de La Coruña, con jurisdicción sobre la provincia, y el de Vigo, con jurisdicción sobre Pontevedra y Orense. Lugo quedaba bajo la jurisdicción del Viceconsulado de Monforte de Lemos. Había, además, una agencia consular en Villagarcía de Arosa, dependiente de Vigo.

— Franja mediterránea: En Cataluña, y concretamente en la ciudad de Barcelona, tenía su ubicación el Consulado General, que además disponía de jurisdicción específica sobre Barcelona, Lérida y Gerona. La ciudad de Tarragona disponía de consulado propio, para toda la provincia. Había también una agencia consular en Lérida dependiente del Consulado General. La Comunidad Valenciana tenía dos consulados, el de Valencia, con jurisdicción sobre Valencia y Castellón, y el de Alicante. Había también las agencias consulares de Castellón, dependiente del Consulado de Valencia, y de Denia y Torrevieja, subordinadas al de Alicante. En la región de Murcia había el Consulado de Cartagena, con jurisdicción sobre la provincia, y una agencia consular en Águilas.

— Andalucía, con sus cuatro consulados, dos viceconsulados y dos agencias consulares, era la región con mayor número de representaciones diplomáticas alemanas. El Consulado de Málaga tenía jurisdicción sobre Málaga y Córdoba, y los consulados de Sevilla, Cádiz y Huelva sobre sus respectivas provincias. El Viceconsulado de Granada controlaba Granada y Huelva, y el de Almería, la provincia. Había una agencia consular en Córdoba, dependiente del Consulado de Málaga, y otra en Garrucha (Almería), dependiente del Consulado de Almería.

— España interior: En Aragón había un consulado en Zaragoza, con jurisdicción sobre Zaragoza y Huesca, y probablemente Teruel. Extremadura tenía, al parecer, un viceconsulado en Badajoz. En Madrid estaba ubicada la Embajada. Castilla y León tenía dos viceconsulados; el de Salamanca, con jurisdicción sobre Salamanca y Zamora, y el de Valladolid, con jurisdicción sobre Valladolid y Ávila; y una agencia consular en León, dependiente del consulado de Gijón.

— España insular: En las Islas Baleares había un consulado en Palma de Mallorca y otro en Mahón. En las Canarias también había dos consulados, el de Las Palmas de Gran Canaria, con jurisdicción sobre la provincia; y el de Santa Cruz de Tenerife, con jurisdicción sobre Tenerife, Gomera y Hierro. Había también un viceconsulado en Santa Cruz de La Palma, con jurisdicción sobre toda la isla, y una agencia consular en Arrecife, dependiente del Consulado de Santa Cruz de Tenerife.

— Posesiones africanas: En el Protectorado, había un consulado en Larrache, con jurisdicción sobre la parte occidental, y otro en Tetuán, para la orien-

tal. Tánger tenía también un consulado (mayo de 1941) y Guinea otro (en Santa Isabel, con potestad sobre la isla y el territorio continental).⁵¹

El Auswärtiges Amt había optado, pues, por una gran concentración consular en Andalucía, Canarias y el Protectorado, por una mediana concentración en la cornisa cantábrica y mediterránea, y por una escasa implantación en Aragón. Prácticamente había ignorado a Castilla y León y a Extremadura, y había pasado por alto a Castilla-La Mancha. Sin duda, el paso del Estrecho era zona de vital importancia para Alemania, así como las zonas de contacto entre España y Francia. En este sentido, la ciudad de Barcelona era vital para la diplomacia alemana, de igual modo que lo era para la británica.

Actividad de la diplomacia alemana en España

A mediados de 1941 la diplomacia alemana gozaba en toda España de una situación de indudable privilegio, nacida del decidido apoyo de los sectores germanófilos del país, desde falangistas de base hasta altos funcionarios del Estado, así como de significados miembros del Gobierno. El propio Franco no disimulaba su simpatía por la causa alemana; lo que, obviamente, reverría en el trato dado a su diplomacia. De entre todos ellos, fue quizá Serrano Suñer quien más trabajó en sentido germanófilo, pues creía tener en Alemania un apoyo frente a sus muchos enemigos políticos.

Aquella era, pues, una situación de privilegio sustentada sobre los principales resortes del Estado. En tales circunstancias, múltiples canales de información convergían en el embajador Stohrer, el diplomático mejor informado de los asuntos internos españoles; hacia quien, además, miraban los sectores prototalitarios del Régimen, deseosos de decantar la balanza del poder a su favor. Y tal como ya se ha mencionado, Alemania tenía en Madrid la mayor de sus embajadas y la que generaba más volumen de información; y, en el conjunto del país, muchas comisiones para negociar sobre aspectos militares, económicos y culturales, y un gran número de agentes. España (el neutral menos neutral) era, pues, campo fundamental de actuación de la diplomacia alemana.

En un contexto tan favorable como aquél, a mediados de 1941 se repetían por toda la geografía española actos de afirmación hispano-germana, centrados fundamentalmente en rememorar la participación alemana en la Guerra Civil. Jefes falangistas y diplomáticos alemanes se reunían a menudo en actos conmemorativos, de carácter necrológico o festivo, donde intercambiaban discursos, compartían ágapes de hermandad y se repartían condecoraciones. Sirva de ejemplo la propuesta que en mayo hizo la Embajada de condecorar a 12 consejeros nacionales con la *Encomienda con Estrella de la Cruz del Mérito de la Orden del Águila Alemana*; o, ya a principios de junio, la decisión

de la Sección Femenina de velar por el buen estado de las tumbas de los alemanes e italianos *caídos* en suelo español, en tanto que las Juventudes Femeninas del Reich visitaban la tumba de José Antonio. Y mientras tanto, la prensa anunciaba en grandes titulares que Alemania estaba dispuesta a contratar a 100.000 trabajadores en condiciones «ventajosísimas»; y se prodigaban donativos para la causa falangista.⁵²

Serrano Suñer era pieza clave en las relaciones hispano-germanas. De hecho, actuaba como confidente de Alemania al facilitar a su amigo Stohrer información recibida del duque de Alba, que abarcaba desde los efectos de los bombardeos sobre Londres hasta la evolución de las discusiones en la Cámara de los Comunes. E incluía informes de carácter estrictamente militar, como la suposición, a principios de junio, de que el siguiente ataque alemán se iba a llevar a cabo en Siria. Y si era preciso, hacía favores poco claros, como la concesión de visados de tránsito para España a marinos griegos en Lisboa, para, de aquí, ser conducidos por avión a Berlín. En todo caso, las compensaciones que obtuvo fueron múltiples: era de los pocos españoles que podían jactarse de proponer la inclusión de tal o cual persona para determinada condecoración alemana; y, en el plano más estrictamente diplomático, recibía de manos del embajador información puntual de la evolución de la guerra, y, especialmente, de los bombardeos sobre Londres.⁵³

Por otra parte, la ingente labor de la diplomacia alemana se vio también sólidamente arropada, ante la opinión pública española, por la amplia colonia ubicada en el país, muy aumentada desde la finalización de la Guerra Civil, y que el espionaje inglés cifraba, a finales de mayo, entre 80.000 y 100.000 personas. Sólo en Madrid se especulaba sobre la presencia de unos 20.000 alemanes, dedicados mayoritariamente al comercio. También consideraba especialmente elevada su presencia en Andalucía (sobre todo en Sevilla), y considerable en Galicia (sólo en Vigo habría unos 800).⁵⁴

La colonia estaba estrechamente vinculada a las directrices del grupo nacional de la *Organización para el Extranjero del Partido Nazi* (AO); un organismo encargado de asistir a los súbditos alemanes y fomentar las relaciones con FET-JONS, ya de por sí muy estrechas, especialmente con los *camisas viejas*. La responsabilidad máxima recaía en el antiguo oficial de caballería Hans Thomsen; que tenía por sustituto al doctor Huber, y, por subordinados más directos, a Dietrich, a Garben (jefe de grupo de Madrid), y al secretario consular Hans Bartoleit (jefe de grupo de Barcelona). La organización disponía, además, de grupos locales en Bilbao, Cádiz, Málaga, Palma de Mallorca, San Sebastián, Sevilla, Valencia y Vigo, así como en Tetuán.

También fue destacable la labor del grupo nacional del *Frente Alemán del Trabajo* (DAF), centrada en aumentar los contactos con la CNS, y sensible-

mente incrementada a partir de mayo, a tenor del proyectado envío de trabajadores españoles a Alemania. Ehlert era el jefe del grupo, y mantenía un estrecho contacto con el delegado nacional del *Servicio* de Sindicatos, Gerardo Salvador Merino; en tanto que Ehlers dirigía su rama juvenil.

Y por lo que al Ejército alemán respecta, estaba en contacto directo con la Embajada por medio de sus agregados, y enviaba comisiones de jefes y oficiales para estudiar sobre el terreno las condiciones de una previsible entrada española en la guerra. En mayo se calculaba en 15 las comisiones que operaban en el conjunto del territorio español. Una de ellas hizo incluso un recorrido de 30 días por diversas fábricas de material estratégico.⁵⁵

Al margen de la Península, uno de los focos principales de penetración alemana fue el Protectorado. Las rutas Algeciras-Ceuta-Tetuán y Algeciras-Tánger eran las preferidas por el espionaje alemán, dependiente en buena parte de la Embajada, pues desde allí podía supervisar la actividad marítima británica en el Mediterráneo occidental y controlar la actividad militar francesa en el Magreb. El resultado de aquellas pesquisas a menudo era transmitido por la Embajada al Palacio de Santa Cruz, para que obrara en consecuencia. Parece ser, además, que los alemanes creían contar con el beneplácito de la población autóctona y que su presencia generaba fuertes recelos entre los españoles. De hecho, sus contactos políticos no se limitaron a las autoridades coloniales, sino que se extendieron a los jefes rifeños e incluso al propio sultán, quien no tuvo reparo en informarles sobre sus conversaciones con los españoles.⁵⁶

Por aquel entonces, la diplomacia alemana mostraba un especial interés en la difusión de propaganda germanófila en la prensa, lo que lograba merced a Lazar y al contacto permanente con Serrano. La férrea censura gubernativa garantizaba que no hubiera en el país un sólo periódico que pudiera sustraerse a la influencia alemana. La incidencia cultural era también un tema prioritario para la diplomacia, que logró por medio del *Instituto Alemán de Cultura*, en Madrid, y su delegación en Barcelona; y con los diversos lectorados de Universidad, y la red de colegios alemanes repartidos entre las principales urbes. Eran centros que impartían docencia también a niños y jóvenes españoles, y, normalmente en régimen nocturno, clases de lengua alemana.⁵⁷

Finalmente, apuntar que, en circunstancias extremas, la diplomacia canalizó algunas muestras de solidaridad alemana hacia España, como la ayuda masiva que proporcionó a la ciudad de Santander a raíz del incendio que la devastó en febrero. Pero a pesar de la diligencia con que generalmente actuaba, hubo aspectos que escaparon a su control, como la generalizada práctica del contrabando en las zonas fronterizas con Francia, sobre todo en Guipúzcoa, donde miembros de la Wehrmacht cambiaban habitualmente tabaco y alcohol por productos tales como ropa, chocolate y dulces.⁵⁸